

*Sobre el caballito  
de baobab*



*Andrea Aguilar-Calderón*

# **Sobre el caballito de baobab**

**Andrea Aguilar-Calderón**

A quien me dio  
todas las páginas  
para escribir:  
mi mamá

## **Índice**

### **Parte I: De cómo nació este libro**

1. *Not all those who wander are lost...* Pero todos quienes vagan huyen de algo alguna vez

2. De cómo el complejo de salvadora occidental te puede llevar a un país del que no sabés nada de nada

3. Siempre adelante de uno, no se puede ir muy lejos

### **Parte II: Mozambique**

1. La Villa de los Niños

2. Ese primer hombre

3. La época del balance

4. Viaje a Tofo en tres actos

5. Mozambique en diez personajes

6. *Saudades*

7. El viaje con los pescadores

8. Índigo Blue

9. El último episodio

10. Manual corto de cómo lidiar con un incendio en Mozambique cuando es de noche, cuando no hay bomberos y cuando se tienen sesenta niños a cargo

11. El síndrome del corazón roto

12. Manos al aire

13. Cuando reencarnás con el mismo nombre

14. Esta va a ser una buena noche

### **Parte III: Malawi**

1. El peor lugar en que he dormido en mi vida
2. Cinco cosas que te llamarán la atención si un día vas a Malawi
3. El lago

#### **Parte IV: Mozambique -1.0**

1. Cuando tocan a tu puerta a medianoche
2. La peor Navidad de todas
3. El mejor año nuevo de todos
4. El eterno agradecimiento y la eterna culpa

#### **Parte V: Zimbabue**

1. Viaje a Zimbabue en tres actos
2. Cinco cosas que te llamarán la atención si un día vas a Zimbabue
3. *Harare State of Mind*
4. El humo que truena
5. Cuando la aventura sale terriblemente mal

#### **Parte VI: Mozambique -2.0**

1. Fue Manuelito
2. Eso te pasa por puta
3. El capítulo que no quise dejar en blanco
4. Los finales que pudieron ser
5. El último día en la Villa de los Niños

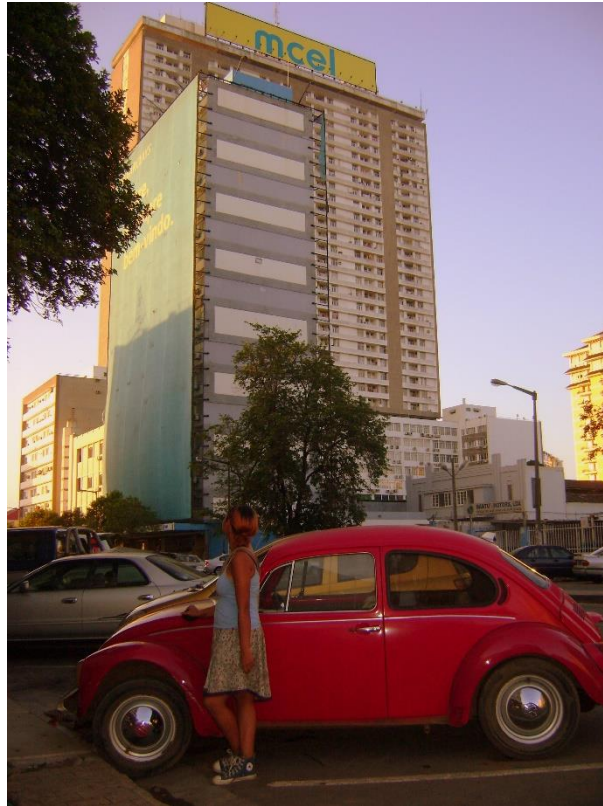
#### **Epílogo**

Por donde quiera que vaya

## **Parte I**

### **De cómo nació este libro**

***Not all those who wander are lost...*<sup>1</sup> Pero todos quienes vagan huyen de algo alguna vez**



Amarillo es mi color favorito. Desde que era niña, me parecía que si le sacaba el lápiz amarillo a la caja de lápices de colores, de repente, se volvía una caja triste. Como si el resto de los colores no fuera suficiente. El amarillo siempre me pone de buen humor, sobre todo si es amarillo color clara de huevo, de esos fuertes, con los que pintan las calles.

Mientras el minibús (o como le llaman aquí, *chapa*) se abre paso entre el tránsito pesado de la tarde, se me antoja que Maputo pudo haber sido amarilla alguna vez. Aunque más bien hay muchos edificios desvaídos de un color crema

---

<sup>1</sup> "No todos los que vagan están perdidos", J.R.R. Tolkien.

paliducho, insisto en pensar que quizás esta ciudad fue amarilla en algún momento, pero como la pintura ha pasado mucho tiempo al sol, se ha ido destiñendo con los años, como uno de esos carteles que se pegan en las paredes y luego la intemperie los va aclarando, hasta que ya casi no se ven más.

Lo mismo pasa con los recuerdos: conforme pasan muchos soles, se van desvaneciendo, hasta que no quedan más que los bosquejos de momentos que, alguna vez, se vivieron no solo con la intensidad de todos los colores, sino con todos los sentidos.

Casi un año después de haberme ido, su recuerdo se está convirtiendo en eso. En una imagen descolorida.

Un par de horas antes, he cruzado, en compañía de Ivana (una argentina que se ha convertido en mi mejor amiga durante el año que he pasado en Estados Unidos) la frontera entre Mozambique y Sudáfrica a pie. O bueno, a pie suena extremadamente dramático. En realidad, el bus procedente de Johannesburgo nos ha dejado justo en el puesto de migración y, de ahí, hemos tenido que caminar un trecho indefinido hasta alcanzar la calle principal para agarrar esta *chapa* hasta Maputo.

Sin embargo, esta es la primera frontera que cruzo a pie en mi vida y no me deja de sorprender lo lejos que me ha llevado huir.

Dicen por ahí que quienes viajamos siempre estamos huyendo de algo. De un trabajo monótono. De una mala relación. De una vida aburrida. De \_\_\_\_\_ (rellene este espacio con lo que usted considere que debe de huir).

En mi caso, yo también digo que quienes viajamos siempre estamos escapando de algo. O al menos, alguna vez hemos huido de algo.

Huyendo es como he venido a dar aquí, a Mozambique, un país que si alguien me hubiera preguntado hace tan solo un año que si lo podía ubicar en el mapa, yo hubiera titubeado a pesar de que, de niña, me llamaban muchísimo la atención los países africanos.



Me pongo a pensar que es curioso cómo, de alguna manera, en momentos de crisis regresás a lo que te llamaba la atención en la infancia, como si te hubieras apartado de ese plan original que trazaste y tuvieras que abrir un cajón antiguo y empolvado para sacar el mapa primigenio, y volver a consultar si lo que estás haciendo en el presente honra los sueños que alguna vez tuviste. Quizás inconscientemente por eso yo he elegido venirme a África; no lo sé.

O quizás no, porque también, desde niña, me han gustado las flores aunque suene bien retro. Él lo sabía. Por eso, llegó con flores amarillas esa tarde lluviosa de octubre. Fue, ese, su último intento.

Lo primero que pensé es que esas flores se iban a morir al día siguiente. Yo no las podía subir al avión. En mi cuarto, las maletas estaban a medio hacer. No solo porque siempre tengo la costumbre de empacar un día antes, sino porque esperaba un milagro de último momento.

Llevaba cuatro años esperando por un milagro. Cuatro años en que habíamos intentado de todo: separarnos, volver, tener una relación abierta, vivir juntos por épocas y separados por épocas, y de última, vernos solo los martes a la salida del trabajo y comer pizza juntos en la cama, de la forma más platónica posible.

Igual, yo aún esperaba un milagro de último momento.

Este es un capítulo imposiblemente cursi, en especial para empezar un libro. Lo sé. Pero así tal cual fue, aunque para disminuir la cursilería es importante recalcar que cualquier persona que haya estado en San José de Costa Rica en octubre sabe que no estamos hablando de una lluvia tenue y romántica, sino de lo que nosotros denominamos, con criolla contundencia, un “baldazo”.

Sin embargo, como si la escena melodramática del hombre que llega justo en el último momento con flores en una tarde de lluvia, en una terminal muestra de amor, no fuera suficiente, yo quería que fuera aun más cursi.

Pero yo todavía no me daba cuenta de que ya había llevado todo este plan demasiado lejos. Ya hacía tiempo que había sacado mis cosas de su casa, ya hacía rato que nos habíamos separado oficialmente, ya yo llevaba meses buscando una beca, un trabajo o algo que me alejara para no verlo tanto, para no verlo siempre en este país que se había vuelto tan pequeño para los dos y del cual alguien se tenía que ir, él o yo. Y yo ya había decidido que quien se iría sería yo. Por eso, ya había renunciado a mi trabajo, ya había tenido mi despedida con todos mis amigos en el bar de La Esquina (así se llamaba el bar), ya tenía un tiquete San José-Guatemala y otro Guatemala-Chicago y ya tenía las maletas a medio hacer para irme, por un año, a trabajar con una organización sin fines de lucro en Michigan, Estados Unidos, y después irme por seis meses, como voluntaria, a África.

Así de lejos había llevado yo el plan. Pero igual, si ese hombre, esa tarde, me hubiera dicho: “Quedate” esa hubiera sido la única palabra para mandarlo todo a la mierda. Ahora que lo pienso, cuán cerca está uno de que su vida cambie por completo de un momento a otro, a veces ni siquiera con un hecho rotundo, sino con tan solo simples palabras, que dicen que se las lleva el viento.

Pero él no dijo nada.

Ahora, he terminado en una ciudad descoloridamente amarilla casi un año después. Los únicos elementos amarillos que encuentro son los rótulos de Mcel, la compañía de telefonía celular que parece monopolizar las conversaciones en este país.

Igual, para este momento, en que sigo avanzando en la *chapa* entre el tráfico pesadísimo de Maputo, yo creo que he huido lo suficiente.

Sin embargo, tan solo he cambiado los componentes. El problema se ha venido conmigo, a pesar de que yo nací en el hemisferio norte y en el hemisferio occidental, y me he venido al hemisferio sur y al hemisferio oriental, y todo parece una nueva vida, de tal manera que incluso, más allá de la última página de esta novela, cuando yo vuelva a Costa Rica, conduciré enfrente del lugar que

en algún momento fue mi hogar y pensaré que así se han de sentir los fantasmas, vagando por una casa que alguna vez les perteneció y que ven desde fuera, pero a la que ya no pueden regresar nunca más.

Y aunque en Mozambique estoy rodeada de otra gente, de otros colores más paliduchos y en que soy, prácticamente, otra persona, así como sucede en las reencarnaciones, yo sigo arrastrando esa lección no aprendida.

Y seguiré huyendo, por años, por casi una década, hasta incluso esta agradable mañana de otoño, de sol brillante en Beirut, Líbano, donde comienzo a escribir esta novela.

Es verdad que *not all who wander are lost*. Pero todos quienes vagamos, al menos alguna vez, hemos huido de algo. Y ese algo muchas veces nos lo llevamos, de país en país.

Y es así, entonces, cómo empieza este libro.